

## LOS FRANCISCANOS EN LA INDEPENDENCIA

---

Julio César García Valencia<sup>1</sup>

### Nota Introdutoria<sup>2</sup>

El doctor Julio César García Valencia, hizo parte de la Academia Franciscana de la Historia, la cual existía en Bogotá, pero de la que no hay mucha información. La única referencia adicional, por otra rama de mi familia, es que mi tío abuelo Ramón C. Correa Samudio, quien durante 67 años fue el secretario perpetuo de la Academia Boyacense de Historia, hasta su muerte, a los 95 años, también hizo parte de esa Academia.

El escrito de Julio César García, quien era parte de la OFS – Orden Franciscana Seglar, me lleva hoy, también, a mencionar a otro franciscano seglar, el médico José Gregorio Hernández Cisneros, fundador de la Academia Venezolana de Medicina, quien fue beatificado el 30 de abril de 2021 en Caracas y cuya biografía extensa escribió el doctor Antonio Cagua Prada.

García Valencia, nos dejó como legado esta reseña biográfica de 24 franciscanos, seguramente pueden ser muchos más, que participaron de una u otra manera en nuestra independencia, develando, primeramente, su vinculación con los franciscanos.

\*\*\*

---

1. (Fredonia, agosto 7 de 1894-Bogotá junio 15 de 1959). Doctorado en Filosofía y Letras, periodista, catedrático, hombre público y educador. Diputado, congresista, director de Instrucción Pública Departamental. Fue director de El Colombiano, rector del Colegio Mayor del Rosario, del Colegio Nacional de San Bartolomé, de la Universidad Tecnológica y Pedagógica de Colombia y de la Universidad de Antioquia, en la que creó el Instituto de Filología. Fundador y rector de la Universidad La Gran Colombia. Perteneció a la Academias Colombiana de la Lengua, Española de Historia y Colombiana de Historia. Fue miembro de número y presidente de esta Academia.

2. Hernán Alejandro Olano García.

Considero un privilegio de mi buena fortuna la confianza con que me han distinguido los beneméritos religiosos de la orden Seráfica al contarme en el número de sus más fervorosos admiradores y sinceros devotos de San Francisco de Asís. A esa amistad que me enaltece y es uno de los escudos de mi condición de católico, debe atribuirse la generosa equivocación en que reiteradamente digno de alternar con preclaras figuras de la comunidad y con altos representantes de la inteligencia colombiana en esta serie de disertaciones sobre la obra realizada por los franciscanos en nuestra patria y sobre los títulos que los hacen acreedores a la gratitud nacional, como catequistas y evangelizadores, como artífices del progreso y guiones de cultura, plasmadores de almas y formadores de la conciencia ciudadana, próceres de la república independiente y mártires de la libertad.

“El mínimo y dulce Francisco de Asís” que cantó el poeta, fue maestro de patriotismo y ofreció su libertad en defensa de la ciudad que lo vio nacer; al morir dio nuevo testimonio de su amor bendiciéndola con augurios venturosos.

Nada de extrañar tiene, pues, que sus hijos sean modelo de patriotas y practiquen el amor a Colombia no sólo como virtud, sino como deber imperioso de la moral cristiana.

En el curso de la lección veremos con cuánta eficiencia sirvieron a la causa de la independencia y con cuánta sabiduría y cuánto fervor sustentaron los principios de nuestra emancipación política como consecuencia de la más pura doctrina católica.

Estoy muy lejos de pensar que sea completa, ni mucho menos, la enumeración de los franciscanos que contribuyeron con sus luces, con el ejemplo, con el sacrificio y aun con el martirio a la formación de la nacionalidad y a estructurar a Colombia como una república cristiana y dueña de sus propios destinos. Sólo aspiro a recordar algunos de los principales nombres que forman la corona de merecimientos franciscanos sobre la cabeza de la patria. Con el fin de facilitar el complemento indispensable, sigo el orden alfabético de

apellidos, aun a riesgo de resultar monótono y un tanto desproporcionado en la biografía de los personajes, pues no todos tienen la misma importancia desde el punto de vista que los considero, ni es fácil obtener información suficiente sobre muchos de ellos.

Por fortuna me suministra un derrotero de la mayor autoridad el libro de P. Roberto Jaramillo “El Clero en la Independencia” Ediciones de la revista Universidad de Antioquia – 1947-, obra laureada por la Academia Colombiana de Historia, acerca de la cual declararon los académicos fallecidos Eduardo Posada, Raimundo Rivas y Gustavo Arboleda que “es (estudio) muy laborioso y de acertada crítica. Este autor conoce todas las investigaciones recientes, así como a los escritores antiguos. Menciona periódicos y folletos difíciles de consultar. Demuestra método, erudición e inteligencia. Al leerlo adquiere uno la certidumbre de que no se le podría sobrepasar”. A tan respetable concepto debo agregar el personal mío sobre el Pbro. Roberto Jaramillo Arango, que a sus virtudes sacerdotales al lado de los clásicos del Siglo de Oro suma el más completo caudal de cultura que pueda poseer hoy antioqueño alguno.

A los datos de tan abonado historiador agrego los de Gustavo Arboleda en su “Diccionario Biográfico y Genealógico del antiguo Cauca (-segunda edición. Cali-), los del Pbro. Alfonso Zawadzky en varios de sus libros sobre próceres caleños y especialmente franciscanos nacidos allí o inhumados en el convento de San Francisco de esa ciudad; la biografía de fray José Joaquín Escobar y una conferencia sobre fray Pedro Herrera del Dr. Nicolás Ramos Hidalgo; los escritos de fray Gregorio Arcila Robledo en la Revista “Voz Franciscana”, fuera de algunas investigaciones personales y del trajín con varias de las obras clásicas de nuestra historiografía, que no habrían podido omitir los merecimientos y servicios de muchos de los religiosos franciscanos que son ornamento de la iglesia y de la patria.

#### 1. FRAY ANDRÉS ARDILA

Figura entre los deportados por Morillo en 1816, al lado de los padres fray Francisco Antonio Florido y fray Pedro Carbonell. Según la relación de José María Caballero el P. Florido salió de

Santafé de Bogotá el 12 de octubre con los gobernadores del arzobispado y otros eclesiásticos eminentes y el P. Carbonell el 20, con 22 entre clérigos y frailes enviados a Puerto Cabello, custodiados por soldados déspotas, crueles y desvergonzados. Los trabajos que padecieron en esta cruel jornada ni ellos, que lo sufrieron, son capaces de enumerarlos. Lo cierto es que los lugares que llegaron los encerraban en las cárceles; la ración que les daban de carne y otras cosas era cruda, pues les ponían en fila y les iban repartiendo, pues muchos, después de regar aquella ración con lágrimas, así cruda se la comían, porque muchas ocasiones la prisa de la partida no les daba lugar a rogar quién les cocinase aquello, y si lo daban lugar a comerlo o lo cogían en la mano y por el camino lo iban comiendo, esto es si daba la suerte que lo trajesen a tiempo, y si no se solían quedar enteramente sin ello. Puede ser que algún día en la historia general se sepa lo que estos infelices padecieron”. El P. Ardila no figura entre los sacerdotes patriotas cuyas biografías traza el P. Roberto Jaramillo en su obra “El Clero en la Independencia”, ni es mencionado expresamente por Caballero, pero lo incluye fray Gregorio Arcila Robledo como compañero de los P.P. Carbonell y Florido, fundado en los documentos de los archivos franciscanos, de indiscutible autenticidad.

## 2. FRAY BLAS JARAMILLO

Oriundo de Antioquia, había nacido en 1760; fue el segundo novicio del convento de Cali; participó en eficacia en todos los actos con que los religiosos de este convento se hicieron beneméritos de la causa libertadora; elegido guardián en 1817 declinó humildemente el cargo. Murió por los años de 1834 a 1835.

## 3. FRAY FRANCISCO BERMÚDEZ

Natural Popayán; hizo su noviciado en el convento de esta ciudad y en 1809 se trasladó a Cali; figuró entre los frailes más decididos por la causa de la independencia; orador afamado, pronunció en Cali a principios de 1825 la oración gratulatoria por el triunfo de Ayacucho (el 9 de diciembre de 1824), pieza que fue publicada en Popayán. En la orden franciscana fue visitador y descolló como profesor, por lo

cual fue candidatizado en 1826 para rector interino del Colegio de Santa Librada de Cali, en reemplazo de fray Pedro Herrera. Murió después de 1841. En sus cartas de un sacerdote católico lo cita don José Joaquín Ortiz como uno de los servidores de la independencia.

4. FRAY FRANCISCO JOSÉ MEDINA

Atrás quedo mencionado este ilustrado patriota como sustentador de los asertos en favor de la independencia en el acto ofrecido por el P. Florido en homenaje al libertador en 1820. Como profesor, “a vueltas de enseñar humanidades, inculcaba sus discípulos ideas democráticas y republicanas”. Entre sus discípulos se contó el Dr. Ignacio Gutiérrez Vergara y en la vida de este por don Ignacio Gutiérrez Ponce se hace el encomio de su talento, ilustración y patriotismo.

5. FRAY IGNACIO, FRAY MARIANO Y FRAY MIGUEL DÍAZ

Está por averiguar a qué comunidad pertenecieron estos religiosos, del primero de los cuales se sabe que como cura de la Capilla encabezó una declaratoria de independencia absoluta de España que suscribieron cerca de 300 feligreses; el segundo fue cura de Chire y fue desterrado por Morillo en 1816; el nombre del tercero está inscrito en el monumento que se levanta en el puente de Boyacá; en el parte de la batalla dado por el general Soublotte se lee: “Nuestra pérdida ha consistido en 18 muertos y 58 heridos. Entre los primeros el reverendo padre fray Miguel Díaz, capellán de Vanguardia”.

6. FRAY JOAQUÍN GUARÍN

Era natural de Bogotá. Como cura de Tocaima dio para la expedición de Nariño al Sur los novenos de tres años y doscientos pesos más; acompañó a García Rovira en las dos acciones de Cachirí y a Liborio Mejía en la Cuchilla del Tambo; como capellán del batallón primero de Línea, según el canónigo Dr. Cuyo Leónidas Peñuela en su “Álbum de Boyacá” intervino en las batallas de decisivas de la campaña libertadora de 1819. “Bolívar lo nombro

mayor a segundo jefe del batallón por su valor y por haber recibido varias heridas, vestía uniforme militar bajo el sayal y de su cinto pendían el cordón franciscano a la derecha y la espada a la izquierda”. En 1823 se le encuentra como misionero en los llanos.

## 7. FRAY JOSÉ IGNACIO BOTERO

Aunque el P. Jaramillo no incluye a este ejemplar sacerdote entre los patriotas, fue notoria su decisión en favor de Nariño y en defensa de la ciudad de Santafé de Bogotá contra los federalistas que acaudillaba el general Antonio Baraya. A este respecto leemos en Caballero-jueves 7 (enero de 1813): “El Dulcísimo Nombre de Jesús era el principal distintivo de nuestras tropas y se cargaba por escarapela en lo sombreros, pues todo hombre o mujer se distinguió con esta divina e incomparable divisa, a quien los ángeles humildes se postran y los demonios tiemblan. Este distintivo del dulcísimo Nombre de Jesús lo dio el R.P. Roberto, de San Diego, y lo puso él mismo a todos los cañones, y dijo que confiaremos, que por virtud del Dulce Nombre de Jesús seríamos libres.” El P. Roberto era oriundo de Rionegro y había nacido el año de 1747, pues cuando murió en 1816 tenía 69 años; muy joven entro a la religión Seráfica en Santafé de Bogotá, donde dio muestras de piedad eminente, de pureza angelical, de caridad a toda prueba, de mortificada penitencia y de tal humildad que se acongojaba por la veneración en que le tenían. Sus conversaciones siempre se encaminaban a Dios. Nunca se le oyó hablar de asuntos políticos y en la época del terror era el consuelo de los afligidos; como confesor era incansable, pues decía que muchas veces el pecador ocurre a los pies del sacerdote realizando un esfuerzo supremo, que difícilmente se repite y si por desidia del confesor se frustra su esfuerzo puede ocurrir que solo por un milagro de la gracia vuelva a acercarse al tribunal de la penitencia. En 1816 se le declaró una hidropesía y sólo por obediencia a los superiores se decidió a abandonar la recoleta de San Diego para ir en busca de salud a la hacienda El Tigre de la mesa de Juan Díaz, donde murió en olor de santidad el 14 de septiembre de 1816. Sus restos se conservan en la sacristía de la Iglesia de San Francisco.

8. FRAY JOSÉ JERÓNIMO DE LA CALLE

Aunque este benemérito sacerdote no alcanzó a declararse amigo de la causa de la independencia, consta que su hermano el Dr. Alberto María fue “fervoroso realista;” y con esa salvedad los incluye el P. Roberto Jaramillo en su obra “El Clero en la Independencia”; lo que no obsta para se les otorgue el título de patriotas, pues no sólo procuraron el bien de su patria y de sus conciudadanos, sino que lo realizaron ampliamente. El P. José Jerónimo, hijo de don Francisco Ángel de la Calle y de doña Gertrudis Sánchez de la Hinojosa, fue enviado con su hermano don Alberto al colegio de San Bartolomé de esta capital. Ordenado sacerdote, en unión de su hermano dirigió en Envigado una casa de educación que dio excelentes frutos; ejerció el ministerio en Medellín y fuera de haber bautizado al héroe del Bárbula, le correspondió dar principio a la construcción del hospital de San Juan de Dios, dado al servicio el 4 de abril de 1797. Hallándose desahuciado hizo voto el 20 de febrero de 1804 de tomar para vida y muerte el hábito de la orden Seráfica, y cumplido su piadoso deseo por manos de fray Rafael de la Serna, murió a las cuatro y media de la mañana del 22 del mismo mes y año.

9. FRAY JOSÉ JOAQUÍN MELÉNDEZ

Probablemente oriundo de Cartago, Ciudad.

10. FRAY JUAN CANCIO BOTERO

Hijo de don Pedro Luis Botero y de doña Mariana Palacio Mejía, Nació en Rionegro hacia el año de 1777. Muy joven fue enviado a Santafé e ingreso a la Orden Seráfica; previas vastas disciplinas en el colegio de San Buenaventura fue destinada a la enseñanza y cuando sólo había cumplido diez y ocho años profeso en el Convento Máximo de San Francisco el 9 de marzo de 1795. Fue de los colaboradores de fray Rafael de la Serna en la fundación del convento y Real Colegio de franciscanos de Medellín, creado por real cédula de 9 de febrero de 1801 y establecido el 20 de junio de 1803, plantel que vino a ser la génesis de la Universidad de Antioquia. Con toda

razón este egregio instituto se enorgullece de su origen franciscano y refiere todas sus glorias a la benemérita Orden. En su calidad de confesor y predicador aprobado por el arzobispado, prestó el P. Botero invaluable servicios en Antioquia, pues dondequiera que por falta de operarios se hacía difícil la cura de almas, allá era enviado el celoso hijo de San Francisco; así se le encuentra en 1805 como cura excusador de Rionegro. Al ausentarse de Medellín el P. La Serna el provincial de Santafé lo designó el 19 de septiembre de 1812 para que corriera con todo lo relativo a la obra de san Francisco. Al año siguiente se tuvo noticia de que venían algunos religiosos patriotas procedentes de Popayán y Cali, entre ellos lo friales próceres José Joaquín Escobar y Pedro Herrera, y el cabildo de la ciudad comisionó al P. Botero para que les dispensara toda clase de atenciones y aprovechara sus servicios, alojándolos en casa de las monjas del Carmen que se tomó en arrendamiento con tal fin. Ya se había hecho notar el religioso antioqueño por el entusiasmo con que avivaba el sentimiento patriótico de sus paisanos, hasta cooperar eficazmente en la organización de las milicias. Aunque prácticamente la obra de San Francisco se había suspendido, el cabildo de Medellín dio orden al Síndico procurador que contribuyera con la suma de veinticinco pesos mensuales de las rentas del convento y colegio para la subsistencia del P. Botero (27 de febrero de 1815), pues interesaba sobremanera la permanencia de éste en la ciudad. El 26 de marzo de 1815 convino con el cura de Rionegro, Pbro. José Ignacio Bernal, que entraría a servir como como coadjutor el cuarto del Guarzo (Retiro), previa licencia del Vicario superintendente Dr. Lucio de Villa, quien declaró que el P. Botero residía en la provincia “con licencia de su respectivo prelado regular”. En cumplimiento de órdenes conminatorias del obispo de Popayán regresó a Santafé y después del triunfo de Boyacá se incorporó al ejército del Libertador como capellán. De regreso a Antioquia fue cura interino de San Vicente de 1823 a 1826; de allí pasó a Barbosa; en 1828 se le encuentra en Rionegro, donde suscribe una de las actas de adhesión al Libertador; en 1830 y el 31 actuó como excusador de Copacabana; del 31 al 34 fue cura interino de Belén y en San Pedro estuvo del 36 al 39, según datos que me suministró amablemente el Pbro. Gonzalo Uribe Villegas (que D.g). Aunque para ejercer estos car-

gos hubo de secularizarse, conservó las prácticas de la observancia franciscana, no omitía la meditación antes de amanecer ni la disciplina general en Cuaresma y Adviento. El culto de bolívar fue uno de los más fervorosos de su existencia y conservaba sus cartas con veneración. Murió en Hatoviejo (Bello), después de haber recibido los sacramentos que le administró su grande amigo el P. Joaquín Tobón, y fue enterrado el 12 de diciembre de 1848.

#### 11. FRAY JUAN GRANADOS

Es contado entre los próceres payaneses porque en 1810 abrazó en Popayán la causa patriota.

#### 12. FRAY JUAN NEPOMUCENO JIMÉNEZ ACEVEDO

Hijo de José Antonio Jiménez y de Ana María Acevedo, nació el 16 de mayo de 1800 y en 1815 recibió el hábito franciscano de manos de fray Ángel Ley, guardián del convento de Santafé. Aunque obtuvo más tarde el breve de secularización fue fiel a las enseñanzas de la orden seráfica he hizo honor a sus maestros en oraciones memorables, como las que pronuncio en Zipaquirá el 26 de octubre de 1828 y en la misma fecha de 1829 en honor del Libertador, en varias que se encuentran publicadas sobre el arcángel San Miguel, en alabanza de María Santísima Señora Nuestra en su advocación de las Nieves, en las festividades de la Inmaculada Concepción y de Nuestra Señora de las Mercedes, en alabanza del Santísimo Sacramento, en la exequias del Dr. Rufino Cuervo etc., con lo cual basta para comprobar que era hombre de disciplinas intelectuales e infatigable publicista.

#### 13. FRAY MANUEL GARAY

Fue a Medellín en 1804 como maestro de gramática en el Real Colegio de Franciscanos. Aunque hombre de talento y letras, era orgulloso e hipocondriaco; alegando males imaginarios se rebeló contra el superior, que lo era el R.P. fray Rafael de la Serna, y se fue a vivir a Rionegro, lo cual, agregado a que el nuevo provincial de Santafé lo sostenía, llenó de congoja al P. La Serna, no obstante

estar este apoyado por el cabildo de Medellín y por el obispo de Popayán Illmo. Señor Ángel Velarde y Bustamante. El P. Garay al fin abandono la observancia franciscana, presto servicios a la causa independiente y de ellos hizo méritos cuando, ya anciano, pidió una pensión al congreso de 1853 (Gaceta de la Nueva Granada).

14. FRAY MANUEL JOSÉ GALVEZ

Natural de Buga, fue en 1820 capellán de las tropas insurgentes en el sur. Secularizado, murió en Cali el 1° de enero de 1872.

15. FRAY MARIANO CAMACHO CASTRO

Hijo del payanés don Manuel Camacho, alcalde de Cali, y de doña Antonia Castro Ceballos, nació en Cali en 1756 y fue el primer hijo de esta ciudad que ingresó en el convento de franciscanos, fundado por el fraile ecuatoriano P. Fernando de Jesús Larrea. Era hombre docto y de Don de consejo, versado en medicina, “que recetaba por igual a pobres y ricos”, y decidido sostenedor de la causa de la independencia. Murió de más de setenta años, hacia 1829. Hermanos suyos fueron el Pbro. Manuel el abogado Antonio Casimiro, ambos patriotas entusiastas.

16. FRAY PEDRO ALOMÍA

Oriundo de Popayán, al parecer hijo del español Manuel Alomía y Josefa Benedicta Baca y Mosquera, emparentado con distinguidas familias de la “Ciudad Fecunda”, ingresó en la orden franciscana en su ciudad natal y en 1811 se le encuentra como diputado del colegio constituyente por una de las ciudades del Valle del Cauca. Perteneció a los conventos de Bogotá y de Cali y de éste salió en misión especial para el chocó con la mira de recoger limosnas para el templo de san Francisco, florón de la Orden Seráfica en la “Sultana del Valle”. Murió el 29 de diciembre de 1829. No es mera coincidencia que el primer nombre con que nos encontramos esté vinculado al convento de Cali, pues los franciscanos son parte integrante de la historia de esta ciudad, a la cual le han dado su fisonomía religiosa, a la vez que han sido artífices de su

pujante desarrollo y luz de las inteligencias de sus hijos como educadores preclaros.

17. FRAY PEDRO CARBONELL

Sin otros datos que los suministrados por José María Caballero, salvo el nombre de pila que figura en los escritos de fray Gregorio Arcila, pues el mencionado cronista y el P. Jaramillo se refieren a este religioso sólo con el apellido el primero y con una “N” dubitativa el segundo, me limito a transcribir el pasaje que complementa otro reproducido antes, al tratar de fray Andrés Ardila: “1816- octubre- A 20 llevaron presos también para Puerto Cabello a 22 entre clérigos y frailes. Dicen que el tratamiento que les dieron en el camino fue tan malo, que, al P. Carbonell, de la orden de San Francisco, le rompieron la cabeza y lo quería matar”.

18. ILLMO. SEÑOR FRAY ANTONIO GÓMEZ POLANCO

Este religioso franciscano y obispo de Santa Marta nació en la Plata hacia 1753 del matrimonio de don Diego Laureano Gómez y doña Bernarda Polanco Falla. Consagrado obispo en 1819, el año siguiente dirigió a los fieles una circular en la cual recomendaba la obediencia al gobierno republicano, a cuyo nombre les prometía la paz, la prosperidad y todo tipo de garantías para sus intereses. Murió en diciembre de 1820, de 67 años.

19. FRAY JUAN ANTONIO GONZÁLEZ

Nació de España, tomo el hábito franciscano en Santafé en 1791 y fue ordenado por el arzobispo Martínez Compañón el 25 de julio de 1795. Firmo el acta del 20 de julio de 1810 como guardián de San Francisco; en 1818 fue rector del colegio de San Buenaventura; fue también confesor del virrey Sámano y emigró con otros frailes a la llegada de Bolívar, pues había vuelto al realismo; lo que no le impidió volver a su convento de esta ciudad, donde murió el 19 de febrero de 1839.

## 20. ILLMO. SEÑOR FRAY FERNANDO CUERO Y CAICEDO

Nació en Cali el 19 de noviembre de 1780, del matrimonio del alcalde provincial don Antonio Cuervo y de doña Javiera Caicedo. El 3 de noviembre de 1795 ingreso en el noviciado de los franciscanos; por circunstancias imprevistas se trasladó a la capital del virreinato, fue colegial del colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y aprobó en él los cursos de literatura y filosofía, para pasar de allí a la recolecta de San Diego, cursó ciencias eclesiásticas en el convento máximo de San Francisco y recibió el título de doctor en teología de la Universidad Tomística. A los 25 años recibió en Cartagena la ordenación sacerdotal de manos del señor Liñán, 1805; desde antes de ordenarse acompañó como secretario al P. provincial fray Gaspar Padilla; hasta 1809 dictó la cátedra de teología en el colegio de San Buenaventura. De regreso a su ciudad natal, fue secretario de la junta de gobierno que secundó los planes militares del general Baraya y suministro parte de los elementos que decidieron la primera victoria de los patriotas en Palacé el 28 de marzo de 1811. En 1813 se vio obligado a emigrar a la provincia de Antioquia, donde continuó prestando eficaz apoyo a las campañas de los patriotas y ejerció el curato de Rionegro por los años de 1814 y 1815. En la época del Terror contribuyó a salvar de la muerte a próceres esclarecidos; reducido a prisión y amenazado de muerte por los realistas si no se presentaba el coronel José María Gutiérrez de Caviedes (El Fogoso), supo éste el peligro en que se hallaba su benefactor y salvó la vida del insigne religioso presentándose a los enemigos, que lo llevaron al patíbulo en Popayán el 19 de septiembre de 1816. De 1814 a 1841 fue cinco veces guardián del convento de Cali, por periodos trienales alternados; durante doce años enseñó teología en el Colegio de Santa Librada; en 1829 le otorgó el libertador el curato de la iglesia matriz de Cali y a la muerte del Illmo. Señor Salvador Jiménez de Enciso fue preconizado obispo de Popayán (1842); fue consagrado por el señor arzobispo Mosquera en Bogotá el 28 de septiembre de 1842. Visitó toda su extensa diócesis y fuera del provecho espiritual que reportaron los fieles, fueron favorecidos por innumerables beneficios del humilde y despreciado pastor, que hizo volver a los Jesuitas al Seminario de Popayán e introdujo a las dehesas del

Cauca el pasto de pará; infatigable en la predicación de la palabra divina, fue muy rato el día de su vida, en cerca de cincuenta años, que dejó de ejercer ese noble ministerio de la enseñanza desde la cátedra sagrada. Su investidura jerárquica no modificó en él los hábitos de religioso franciscano, fue visitador apostólico del convento de Cali en varias ocasiones y murió en su ciudad natal el 7 de agosto de 1851.

#### 21. ILLMO. SEÑOR FRAY JOSÉ ANTONIO CHÁVES

Para mi modo de ver es de lógica abrumadora la demostración que hace el P. Jaramillo, de que fray José Antonio Chaves, consagrado en 1835 obispo titular de Calidonia y auxiliar del metropolitano de Bogotá en las misiones de Casanare, es el mismo fray José Chaves que firmó el acta del 20 de julio de 1810, y que en forma alguna son aceptables las fantasías con las cuales se ha pretendido comprobar que esa firma corresponde al prior de los agustinos fray José Chavarría. Queda a los doctos investigadores franciscanos la tarea de completar la biografía de este prelado que en 1850 fue encontrado en Puente Nacional por los miembros de la comisión Corográfica que presidía el entonces coronel Agustín Codazzi y cuyo secretario era el Dr. Manuel Ancízar, quien habla así del eminente eclesiástico: “Allí reside el doctor J.A. Chaves, obispo de Calidonia, patriota venerable, que señala con un beneficio cada día de su vida, sacerdote ilustrado, tolerante, lleno de mansedumbre y modestia, de cuyos labios salen solamente palabras de bondad y de paz. Hónreme con su trato y comprendí cuánta razón tiene aquellos vecinos para respetarle y amarle, y cuanto acertarían en seguir siempre sus consejos, dictados por el verdadero patriotismo y el ingenuo deseo del bien público.”

#### 22. FRAY JOSÉ JOAQUÍN ESCOBAR

El 6 de enero de 1752 fue bautizado en Cali un niño de diez días de nacido llamado José Joaquín, hijo de don José de Escobar y doña Catalina García. En el colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario coronó la carrera de jurisprudencia hasta obtener el título de doctor y abogado de los tribunales. En Popayán ejerció su profesión y fue

catedrático de derecho en el Seminario. Después de unos ejercicios espirituales ingreso al convento de los franciscanos en Cali en 1784; en 1787 fue ordenado en Quito y de regreso a su ciudad natal fue guardián del convento de su Orden durante varios períodos, a partir de 1795, catedrático de filosofía, teología y humanidades; en 1798 inició la construcción del templo de San Francisco, que es una de las joyas arquitectónicas de Cali, especialmente la torre que es el más notable ejemplar de estilo mudéjar levantado en el país. El Convento de San Francisco de Cali fue el semillero de la libertad en el Cauca y centro alrededor del cual giraron las inteligencias vallecaucanas de los primeros tiempos de la república. El P. Escobar fue alma de los primeros movimientos realizados en Cali en favor de la emancipación, director moral de los insurgentes y evangelista de la libertad, como vicepresidente de la junta de gobierno organizada en esa ciudad como diputado de la misma, y más tarde de la ciudad de Toro, cuando se confederaron las siete ciudades del Valle del Cauca, nombraron capitana de las tropas a Nuestra Señora de las Mercedes, suministraron elementos y hombres para la tropa que venció a tación en el combate de Palacé y en junio de 1811 se trasladaron a Popayán, donde permaneció hasta entrando el año de 1813; en 1814 viajó a la provincia de Antioquia en solicitud de recursos para luchar contra los realistas en el Sur y gracias a la elocuencia de los hechos y de las palabras con que sustentaban su demanda obtuvo el envío del contingente de tropas que comandaba el coronel José María Gutiérrez (El Fogoso) y de la cual formaron parte Liborio Mejía y José María Córdoba. Al sobrevenir la conquista española fue reducido a presión y con esposas en los pies fue conducido a Popayán; de allá vino a Bogotá por la Plata y de aquí fue enviado a puerta Cabello por la vía de Cúcuta el 1° de marzo de 1827, en asocio de otros eclesiásticos eminentes, como los canónigos Pey y Duquesne, de su hermano el canónigo Dr. Manuel de los Santos Escobar y del Dr. José Joaquín Ortiz Nagle. A principios de 1818 fue remitido a las mazmorras de Cádiz, hasta el año de 1820, en que fue puesto en libertad a consecuencia de la revolución de Riego. De regreso murió en Cúcuta el 15 de junio de 1821.

### 23. FRAY FRANCISCO ANTONIO FLORIDO

Del matrimonio de don Andrés y de doña Teresa Ibarra nació este ilustre religioso en Popayán el 18 de marzo de 1781. En 1810 pertenecía ya al convento de San Francisco de Santafé de Bogotá como uno de los sacerdotes más distinguidos del claustro y durante los años de la patria Boba fue capellán de las tropas de Nariño, a las cuales animaba con su palabra elocuente y con el ejemplo de su ardoroso patriotismo; la gaceta ministerial de Cundinamarca registro con elogio la renuncia que hizo en favor del estado de la asignación de doscientos pesos anuales que se le habían fijado por la capellanía; con el mismo carácter e igual desinterés acompañó a Nariño en la campaña del Sur; en la batalla del Palo (5 de julio de 1815) “se le vio entre los primeros puestos de mayor peligro”. Después de la derrota de la Cuchilla del Tambo le correspondió ser actor en el romántico enlace del presidente Custodio García Rovira con doña Pepita Piedrahita y Sáenz en el Tambo de Gabriel López, páramo de Guanacas. Dice el general Joaquín París que “Los testigos se hallaban montados alrededor del grupo principal y unos y otros alumbrados por la pálida luz de la mañana, al pie del inmenso páramo, ofrecían un cuadro digno de la pluma de Walter Scott. Reducido a prisión en el combate de la plata y conducido a Santafé, de aquí lo envió Morillo con otros 18 Sacerdotes a las prisiones de Puerto Cabello, amarrado como un facineroso. Se encontraba de nuevo en esta ciudad cuando llegó el Libertador que acababa de triunfar en Boyacá y lo obsequio en el momento de San Francisco con un suntuoso banquete. El 18 de abril de 1820 se celebró bajo la dirección del P. Florido como catedrático un acto literario en el cual el P. fray Francisco Javier Medina sostuvo catorce proposiciones sobre la justicia de la independencia. Este acto estaba dedicado al Libertador en los siguientes términos:

“El Jefe Supremo, al héroe incomparable, espanto de la Iberia y gloria de su patria; al guerrero invicto, azote de los tiranos y protector de los hombres; al genio de la empresa, sereno en la adversidad, molesto en la elevación y siempre grande Simón Bolívar. Libertador Presidente y General de las armas de la república de Colombia. La provincia de franciscanos de Cundinamarca, en

señal de gratitud, obsequio y admiración D.D.D. un acto literario en que se defenderán las siguientes proposiciones:

1. Aun desatendiendo las causas inmediatas de la revolución de América, ésta debía esperar que en algún tiempo llegase el de su emancipación;
2. La revolución de América fue oportuna y aun necesaria en los momentos en que sucedió;
3. La revolución en la América no designa aquel grado de depravación moral y política que se le atribuye;
4. Citar los horrores de la Francia en su anarquía para hacer odiosa la revolución de América es por lo mismo obra de malignidad;
5. La Independencia de América en nada se opone a la religión de Jesucristo y antes en ella se apoya;
6. La Independencia de América en nada se opone a las decisiones de los concilios ni a la disciplina de la Iglesia;
7. Es un deber en sentir moral y una consecuencia forzosa del orden correlativo de los acontecimientos políticos;
8. La España no tiene justicia para reclamar su dominación América, ni la Europa derecho para intentar someterla al Gobierno Español;
9. La mala fe con que la España nos mira bajo todos aspectos y la imprudencia con que ha infringido los actos y capitulaciones más solemnes durante la Guerra, ponen al americano en la necesidad de desatender sus promesas, por ventajosas que parezcan;
10. La América se halla hoy en la forzosa alternativa de sostenerse a un gobierno de sangre, de fuego y de exterminio;
11. Las fuerzas y los recursos de la América, sus ventajas naturales y medios de defensa la aseguran de no ser ligada otra vez a España;
12. Pensar que en la bula del Papa Alejandro VI se dé a la España en derecho de propiedad sobre los países de América arguye a una loca temeridad o una vergonzosa ignorancia;
13. El americano no puede ser dichoso dependiendo de su antigua matriz, la España;
14. La república de Colombia, obra del inmortal Bolívar, establece la felicidad de los pueblos que lo forman;

El libertador había regresado al norte cuando tuvo lugar el acto lit-

erario. Y por su ausencia asistió como mecenas el Vicepresidente Santander, estando colocado bajo el solio el retrato del Libertador del medio cuerpo al tamaño natural, en un magnífico marco de plata hecho expofeso para la función.

El concurso fue inmenso por la novedad del acto. Asistió todo el claustro universitario y doctores de todas las facultades con sus mucetas y bonetes bordados. Era de ver tanto respetable doctor de casaca, muceta y bonete. No fue el examen como los que en los tiempos más luminosos acostumbramos, de preguntas en que va indicada la respuesta, sino a estilo ergotista, porque los doctores de ese tiempo todavía estaban acostumbrados al ergo, aunque no fueran en latín. Pero si las réplicas estaban prevenidas con argumentos, el sustentante no lo estaba menos para contestarlas, y el padre Medina se lució completamente, quedando con una fama tal de talento, que no dejó de perjudicarlo después. El padre Florido dirigió al libertador el aserto con su dedicatoria y una carta que mereció la siguiente contestación:

“Simón Bolívar, Libertador Presidente etc. El acto literario que V.P. y el R.P. fray Francisco Medina se han dignado dedicarme, es a la vez el testimonio más glorioso de la esclarecida virtud y patriotismo de los sagrados alumnos de San Francisco y la Prueba más evidente de la ceguedad de las pasiones impetuosas que inspira una gratitud sin límites y una exorbitante bondad. Si, reverendísimo padre, el sentimiento sublime que V.P. abriga en su pecho, de lo grande de lo heroico, de lo perfecto, le ha hecho mirar en mí al través de los prestigios más lisonjeros, un hombre tal cual V.P. ha concebido el modelo, o quizás, ha reconocido en sí mismo la imagen de este magnífico modelo. V.P. prodigándome sus inagotables encomios me ha colmado de méritos que no he contraído, de servicios imposibles para mí y de virtudes que no poseo.

Así, V.P. ha hollado las débiles honras a que podía aspirar y lejos de ensalzar mi ambición la ha humillado, prestándome como no puedo hacer y haciéndome sufrir el contraste terrible de lo que realmente soy. Si V.P., menos profuso, me hubiese ofrecido un objeto que yo fuera capaz de alcanzar, podría agradecer como lección lo honores que se me han tributado; pero, reverendísimo

padre, V.P. me ha querido elevar tanto que me he reducido a la imposibilidad de seguir el arrogante vuelo de su genio.

Los temas del certamen de que V.P. y su digno compañero han sido los defensores son en mi dictamen los más acreedores a ser colocados en la cátedra de la verdad, bajo los santos auspicios de la filantropía y de la religión. Atletas de los títulos imprescriptibles del hombre y de Colombia, VV.PP. han abierto un nuevo campo de gloria a los verdaderos apóstoles de la verdad y de la luz; asociando VV.PP. el saber de la religión a los sencillos preceptos de la naturaleza, han dado un mayor realce a la túnica y a las sandalias del Seráfico; a esa orden que fue siempre la primera en santidad monástica y ahora en santidad política. No, jamás las bendiciones del cielo han podido derramarse a la tierra por un canal más puro que el ministerio de nuestros maestros, de nuestros pastores, de nuestros oráculos. La augusta verdad no puede ofrecerse a los hombres bajo de formas más majestuosas, sino cubierta con el manto celestial y resplandeciente de los rayos de la sabiduría eterna.

VV.PP., semejantes a los profetas, a los apóstoles y mártires, anuncian los héroes futuros, enseñan la santa doctrina y se preparan aun sacrificio glorioso. Que más dignamente ha podido llenar su carrera un apóstol.

Acepten VV.PP. los sentimientos más sinceros de mi gratitud, de mi alta consideración y de mi profundo respeto. Bolívar”.

Cuando en 1822 se estableció el colegio de Tunja (Se refiere al Colegio de Boyacá), el padre Florido pronunció un elocuente discurso que mereció del gobierno grandes elogios por su celo en favor de la institución pública; era en aquel tiempo cura de Ramiriquí y ofreció mantener a su costa una beca en el mismo colegio y contribuir además con cien pesos cada semestre para premiar al estudiante que más se distinguiese.

Gozó siempre de la amistad y aprecio de los grandes hombres de la independencia y, humilde de veras, contentase con el ministerio de siempre curas de almas que ejerció en varias parroquias y finalmente en Ubaté, donde murió en 1827.

## 24. FRAY PEDRO HERRERA Y RIASCO

Nació en Cali el 28 de junio de 1757, del matrimonio de don José de Herrera y doña María Teresa Domínguez de Riascos. Perteneció a la pléyade de los discípulos del sabio don José Celestino Mutis en el Colegio del Rosario, donde brilló por su claro entendimiento y pasión por el saber y obtuvo el doctorado en ambos derechos. De regreso a su ciudad natal tomó el hábito franciscano, (29 de junio de 1783), al poco tiempo alcanza el presbiterado y ocupa las más altas dignidades en su Religión. Versado además en arquitectura, levantó los planos de la iglesia de San Francisco, secundó con decisión las labores de su compañero el P. Escobar y tuvo la satisfacción que no logró éste de ver coronada la obra en 1827; levantó además los planos del puente de mampostería sobre el río Cali, construido en 1835 por fray José Ignacio Ortiz; dirigió la construcción de dos tramos principales del claustro del antiguo colegio de Santa Librada; elaboró los planos de la iglesia de San Pablo, hoy catedral, en estilo toseano romano. Del convento de San Francisco de Cali salieron las primeras voces de libertad, el impulso y la orientación popular de los patriotas vallecaucanos. Así lo reconoció en documento solemne el cabildo de la ciudad y así puede demostrarse con lo que hemos visto hasta aquí sobre los padres Cuero y Escobar, lo estamos viendo en relación con el P. Herrera y nos quedan para abundar otros nombres ilustres que irán apreciando en esta relación para decoro de ella e indemnización a este respetable auditorio de la pobreza de mis recursos para exaltar aquellas figuras de por sí excelsas. “Esta decretada en el Cielo la libertad de América y éste es el tiempo de verificarse, y cuando no tengamos hombres vendrán ángeles a ejecutar ese decreto”. Con estas memorables palabras, más elocuentes en su contenido que en su forma, con ser esta la de un orador inflamado en la hoguera del patriotismo, contestó el P. Herrera a quienes lo invitaron a jurar la constitución de la monarquía española votada por las cortes de Cádiz. Por ellas se ve cómo era irrevocable su vocación para la libertad y como el abrazar esta causa lo hacía con todas sus consecuencias, inclusive la prisión, el destierro y la misma muerte. Tenía una arraigada conciencia de lo que significaba la emancipación como derecho y como deber, y sabía, que era llegada la hora de la América libre. Para él no había habido vacilación en la

respuesta al barón de Humboldt, cuando Bolívar le pregunto en París si no consideraba que estos pueblos estaban maduros para la independencia y suscitó al futuro Libertador hiriendo su amor propio y de americano diciéndole que efectivamente así lo consideraba, pero que no veía el hombre capaz de realizar esa empresa. Contra la tesis de don Juan Valera que tan victoriosamente rebatió el D. Carlos Holguín, de que la independencia había sido prematura, se había anticipado el P. Herrera a sostener que era el fruto maduro que se caía ya de su peso y que estaba escruta en los destinos eternos con inminencia irrevocable. Cuando el “pacificador” Warleta condenó a los patriotas a trabajos forzados en el camino de Cali a Buenaventura, el P. Herrera que ya había hecho ver la importancia de esa vía al alférez real don Manuel de Caicedo, se apresuró a ofrecer sus servicios personales para contribuir de ese modo al alivio de las víctimas llevándole los consuelos espirituales. Creando el colegio de Santa Librada de Cali por decreto del general Santander en 1823, el P. Herrera fue su segundo rector, ensanchó el edificio, organizó las rentas, creó la biblioteca, dotó los laboratorios y estableció nuevas cátedras, varias de las cuales demostró la universidad de sus conocimientos en medicina, griego, matemáticas, ingeniería y ciencias eclesiásticas. Como religioso fue siempre austerísimo y ejemplar de todas las virtudes morales y cívicas. Murió el 23 de octubre de 1829.

\*\*\*\*

Hasta aquí tan fabuloso elenco de seráficos frailes, muchos de ellos mártires, quienes al ejemplo de San Francisco de Asís cumplieron con su frase: Es muriendo como se resucita a la vida eterna.



**SEGUNDA PARTE**  
**NOVA ET VETERA**  
**Sección de Reseñas**

